

4. Historia y ciencias sociales: América Latina

Helga von Kügelgen (ed.): *Herencias indígenas, tradiciones europeas y la mirada europea. Indigenes Erbe, europäische Traditionen und der europäische Blick*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert 2002. (Ars Iberica et Americana, 7). 634 páginas.

Investigadores de ambos lados del Atlántico presentan, a través de 19 contribuciones y como reza la contracubierta del libro, “de una manera polifacética” los resultados de sus investigaciones sobre la historia del arte latinoamericano. El prólogo y la introducción al volumen contribuyen a una revisión virtuosa y concisa, pero a la vez muy comprensible del estado actual de la investigación en historia del arte, con informaciones acerca de los autores y sus enfoques particulares, todo complementado por una bibliografía fundamental. Esta introducción presenta la problemática y a la vez el marco general del volumen, donde se trata por primera vez en Alemania uno de los capítulos más apasionantes de la historia del arte desde puntos de vista tanto históricos como geográficos: las interrelaciones entre las culturas indígenas y europeas y su importancia para la integración de dos visiones distintas del mundo.

La calidad de este trabajo queda avallada ya desde el nombre de la autora de la introducción y editora de la obra completa, Helga von Kügelgen, quien ha seleccionado con prudencia y cuidado a los autores y los enfoques de sus trabajos respectivos. En esta vasta publicación, que cuenta con 634 páginas, se presentan los resultados de un coloquio que se celebró del 6 al 9 de abril de 2000 en Bremen y que fue organizado por la Asociación Carl Justi y el Instituto Cervantes. La reconocida colección –Ars Iberica– de la editorial Vervuert,

en la que se editó esta obra, cambió –a raíz de este importante evento– el nombre a *Ars Iberica et Americana*, ya que tras esta primera y alentadora experiencia se comprometió a dar un lugar permanente y una mayor importancia precisamente a las investigaciones de historia del arte latinoamericano. Las aportaciones de los investigadores a esta obra son estrictamente bilingües (los escritos en castellano disponen de un resumen en alemán y viceversa), están extensamente ilustrados (en blanco y negro) y disponen cada una de una amplia bibliografía con referencias para seguir investigando más adelante.

La relación de contribuciones a la obra promete, ya a primera vista, un libro digno de lectura y merecedor de un estudio más profundo. Estas contribuciones en cuatro capítulos marcan a la vez cuestiones primordiales de conjunto en las discusiones actuales en la historia del arte latinoamericano: bajo el lema de las “Herencias indígenas, tradiciones europeas y la mirada europea” se consideran “Las influencias europeas y el eco indígena desde el siglo XVI hasta el XVIII”, “La mirada europea”, “La migración europea y el descubrimiento nacional en los siglos XIX y XX” y “Las interacciones arquitectónicas y urbanísticas en el siglo XX”. Las aportaciones individuales enfocan, a manera de antología, las visiones más importantes y se prestan para despertar un interés más profundo incluso ante los especialistas. El abanico de las investigaciones abarca estudios sobre la iconografía del arte mexicano del siglo XVI, así como trabajos sobre pintura mural, artes gráficas, pintura de caballete o sobre el coro de la catedral de Puebla, además de contribuciones sobre arquitectura y urbanismo latinoamericano.

Ya que se presentan nuevos aspectos y reconocimientos de investigaciones de una manera competente, esta obra es capaz de llenar una laguna en las obras de historia del arte y de demostrar los avances en los estudios al respecto, además de animar a un público más amplio a seguir adelante con este tipo de estudios únicos y atractivos. Esto no vale solamente para los lectores en Alemania sino sobre todo para los de América Latina y España, donde estas cuestiones de las interrelaciones culturales y artísticas entre indígenas y europeos cuentan con un interés académico cada vez mayor, hecho que se manifiesta también en el aumento de la cantidad de publicaciones al respecto. Finalmente el libro sirve al especialista para profundizar, pero también pone al alcance de un público interesado más general el conocimiento de las enormes riquezas que ofrece la cultura latinoamericana.

Dirk Bühler

Kenneth J. Andrien (ed.): *The human tradition in Colonial Latin America*. Wilmington: Scholarly Resources (Human tradition around the world, 5) 2002. XII, 321 páginas.

En una colección cuyo objetivo es ofrecer al público una serie de mini-bibliografías de “la gente real”, aquella que es representativa por su vida, idiosincrasia y comportamiento de grandes procesos históricos, de mitos nacionales, de tipos étnicos o de relaciones de género, Kenneth Andrien ha reunido diecisiete trabajos encomendados a conocidos especialistas de la época colonial latinoamericana. Para esta edición, esas mini-biografías han sido agrupadas cronológicamente en tres grandes “fases”: los comienzos de la

sociedad colonial (1492-1610), la madurez del orden colonial (1610-1740), la época de resistencia, reformas y rebeliones (1740-1825). A través de esos casos, en textos de quince a veinte páginas, los autores han conseguido exponer problemáticas muy sugerentes y de naturaleza muy variada, a menudo sintetizando trabajos suyos de mucho mayor alcance, incluso en algunos casos libros, lo cual no es siempre fácil.

Alejándonos de la mera cronología podemos reagrupar esas mini-biografías en tres grandes temáticas, aun cuando, como veremos, hay evidentes puentes entre unas y otras:

Primero, son de destacar los papeles que, en épocas diferentes y en contextos muy alejados, los jefes étnicos indígenas pudieron asumir de manera muy variada. Sobre esto, cabe citar el trabajo de Matthew Restall sobre Gaspar Antonio Chi, cacique de la época de la conquista de Yucatán, el de Susan E. Ramírez, sobre don Melchor Caruarayco, curaca de Cajamarca en el siglo XVI, en alguna forma el de Rolena Adorno, sobre Huamán Poma de Ayala, litigante y escritor, el de Grant D. Jones sobre el papel de Ahchan durante la conquista de los mayas itzaes de Yucatán a finales del siglo XVII, y el de Ward Stavig sobre Eugenio Sinanyuca, defensor de su comunidad, militante pero no revolucionario, en el Perú de finales del siglo XVIII.

La segunda temática tiene como eje articulador las cuestiones de género, con el estudio de Ana María Presta sobre doña Isabel Sisa enfrentada a la desigualdad genérica a propósito de una herencia caciquil en los territorios de la Real Audiencia de Charcas durante el siglo XVI, el de Nancy E. van Deusen sobre una mística afro-peruana del siglo XVII, el de Christiana Borchart de Moreno sobre Victorina Loza, comerciante de la segunda mitad del siglo XVIII.

Por último, aparecen las cuestiones étnicas que, a menudo de una u otra forma están vinculadas con las temáticas anteriores, y sobre todo la precedente. Esto se ve en el estudio de Noble David Cook sobre Catalina, procedente del Perú, juzgada india por algunos y española por otros en La Habana del XVII, el trabajo de Ann Twinam sobre Pedro de Ayarza en busca de blanqueamiento en la Bogotá de finales del siglo XVIII, de Muriel S. Nazzari sobre cuestiones de concubinatos y casamiento en el Brasil colonial, el de Camilla Townsend sobre los combates por su libertad de Ángela Batallas en Guayaquil también a finales del siglo XVIII.

Esta rápida enumeración revela claramente el interés polifacético de este libro de lectura fácil, efectivamente sintético y en el que, a partir de casos aislados e individuales, los diferentes autores supieron llegar a un nivel muy explícito de generalidad y sobre todo de representatividad, lo cual era uno de los retos que se habían propuesto.

En su introducción, el editor muestra también de manera muy sugerente cómo, otro hilo rojo que vincula todos estos trabajos es la lucha a veces solapada, cotidiana, otras veces más abierta entre la imposición del orden colonial y su cuestionamiento, a diario, por los individuos. En resumidas cuentas, éste es un libro muy recomendable en particular para estudiantes e incluso doctorandos por su carácter asequible y su valor pedagógico.

Bernard Lavallé

Diana Kapiszewski (ed.): *Encyclopedia of Latin American Politics*. Westport: Oryx Press 2002. XIV, 358 páginas.

The Center for Latin American Studies at Georgetown University has gained

a good reputation as compiler of the valuable internet resource "Political Database of the Americas". Now, a group of younger scholars associated with that research institution has ventured to put parts of the information in book format and publish an encyclopedic work about Latin American politics. The result is an informative tool on most aspects of the political systems and histories of Puerto Rico and twenty independent Latin American republics.

On a country-by-country basis the book assembles basic data in "country profiles". The entries offer historical overviews and reliable information to assorted headwords including short biographical and institutional sketches of political leaders, parties, and other important social actors. Also included are discussions of key events in recent history. A list of the heads of state and a bibliography arranged printed as well as electronic sources conclude the country entries. Worth mentioning are the numerous illustrations of maps and photographs and an excellent index.

In sum, the book is an instrument for the first information on Latin American politics, which in the era of the Internet will face stiff competition of the electronic sources it quotes.

Stefan Rinke

David M. Mares: *Violent Peace. Militarized Interstate Bargaining in Latin America*. New York: Columbia University Press 2001. 302 páginas.

Miguel Ángel Centeno: *Blood and Debt. War and the Nation-State in Latin America*. Pennsylvania: Penn State University Press 2002. 329 páginas.

Como tan bien lo constata el profesor Mares, América Latina queda muchas

veces fuera de la vista al trazarse el panorama de los conflictos armados en el mundo. En su afán de demostrar que la región también tiene derecho a estar en la foto, el autor presenta no solamente la lista de conflictos interestatales en América Latina desde la época de la Independencia sino también unos cuadros comparativos con el resto del mundo que demostrarían que América Latina no es más pacífica que otras regiones sino que mantiene una posición en el medio, incluso cuando se toma en cuenta sólo el período desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo explicar tamaña sorpresa? Todo se reduce al viejo truco de definir las categorías en la estadística. Contando guerras y no víctimas resulta sumar moscas y elefantes en una sola cuenta de animales. Y cuando la definición misma requiere mencionar el número de víctimas —puesto que en la literatura suele hablarse de guerra cuando las víctimas superan mil personas— se presentan datos algo sorprendentes sin mayor fundamento, como en el caso de la guerra entre Perú y Ecuador en 1995. Las cifras disponibles sobre los muertos en esa guerra vacilan entre unos 100 y varios miles, situación en la cual el autor se limita a presentarnos su opción por la cifra mayor sin fundamentarla.

Pese a estas reservas, sin embargo, el estudio de Mares presenta una serie de datos y reflexiones interesantes. Dos de las crisis más agudas entre Estados vecinos en las últimas décadas son estudiadas en detalle: el conflicto Ecuador-Perú, de raíces largas y con el mencionado estallido de un enfrentamiento armado de unas seis semanas durante 1995; y el conflicto entre Argentina y Chile acerca de la delimitación precisa de las fronteras al extremo sur (conocido como el conflicto del canal Beagle, pero no limitado a éste), conflicto también de larga historia que produjo repetidas crisis políticas pero sin

llegar a un enfrentamiento armado. Ambos conflictos son analizados bajo los distintos criterios de clasificación y explicación de los orígenes y desarrollos de conflictos interestatales que aplica el autor. Mares despliega un amplio inventario metodológico para discutir las distintas teorías que en estos y otros casos existen para explicar la reacción en los dos (o más) países implicados en el conflicto. Los motivos de seguridad nacional, intereses nacionales o de política exterior en general constituyen un eje de posibles explicaciones, el otro son las causas que tienen su origen en las dinámicas de la política interior. Es notable que ninguna de las explicaciones ofrecidas en la ciencia política aporta mucho para entender ni los enredos ni los desenlaces de estos conflictos en América Latina. Mares llega ya a la mitad del libro a esa conclusión frustrante, lo que no le impide, lamentablemente, seguir aplicando fórmulas seudomatemáticas y clasificaciones poco explicativas para encontrar una teoría generalizada convincente; en vano.

Si esto no necesariamente es culpa del autor sino tal vez de la realidad histórica, hay que señalar algunas deficiencias en los análisis del autor que también atraviesan los capítulos, en muchos aspectos los mejores, donde deja las fórmulas y aplica un estilo narrativo. Su percepción de las dinámicas de política interior queda a todas luces insuficiente en los estudios de caso. No basta analizar las restricciones constitucionales del sistema político peruano para entender las fuerzas que movían al fujimorismo y por lo tanto también el manejo del conflicto con Ecuador. Sorprende que en toda la extensa narrativa ni se mencione el nombre de un Vladimiro Montesinos. En el caso de las dos dictaduras militares de Chile y Argentina que se enfrentaron sobre la frontera en la Patagonia, Mares explica bien la importancia del

conflicto desde los intereses geopolíticos de ambas naciones. Pero su esquemático análisis de las “constituencias”, es decir las bases políticas, económicas y militares de ambas dictaduras, deja escapar nuevamente demasiadas dinámicas internas en ambos países que podrían ofrecer importantes aportes para explicar el desenlace pacífico del conflicto. No se pregunta el autor, para dar un ejemplo, cómo fue posible, y qué significaba que, mientras los líderes político-militares se enfrentaron sobre las perspectivas geopolíticas de las islas en el canal Beagle, cooperaran al mismo tiempo estrechamente mediante la “operación Cóndor” en la represión del enemigo ideológico común a ambas dictaduras. Se le escapa así también la posibilidad de entrelazar las tesis de política exterior con las de política interior.

Algo similar sucede con la discusión que Mares dedica, en un capítulo interesante, al rol que juega la “hegemonía” de Estados Unidos en el desarrollo de los conflictos militares interestatales en el continente. Una vez más, los datos analizados no arrojan un argumento claro ni a favor ni en contra de las hipótesis que aducen o una influencia pacificadora o generadora de conflictos de la hegemonía de Estados Unidos en la región. Aquí también, la hegemonía en términos de políticas de seguridad exterior no parece lo suficientemente correlacionada con la hegemonía ideológica que se manifiesta en las políticas interiores de los países latinoamericanos, y que ha producido también tantos movimientos antihegemónicos, con consecuencias al interior de los Estados pero también para sus relaciones exteriores.

Miguel Ángel Centeno, cubano de nacimiento pero norteamericano con una larga trayectoria académica en Estados Unidos y actualmente profesor de Sociología en Princeton, pone en el centro de su estu-

dio sobre las guerras en América Latina la relación clásica y muy debatida entre la guerra y la formación del Estado-nación. También analiza las estadísticas sobre las guerras que se han librado en América Latina –dejando fuera, hay que tomarlo en cuenta, América Central– y llega a una interpretación muy distante a la de Mares y más congruente con la apreciación general: que América Latina se distingue de la casi totalidad de las grandes regiones del mundo por sus pocas guerras internacionales. Y no solamente hubo pocas guerras. En un largo capítulo denominado “Making the Nation”, Centeno demuestra además, estadísticas de monumentos, nombres de lugares públicos y otros datos no convencionales pero contables a la mano, que contrariamente a una percepción superficial, América Latina se distingue también por una relativa ausencia de un espíritu militarista-nacionalista.

Pero no es éste el argumento central en la obra de Centeno. Lo que le interesa es analizar al fondo la relación entre el desarrollo de las repúblicas latinoamericanas y la guerra, en comparación con esa relación en el proceso de formación de las naciones europeas, principalmente. En permanente diálogo fructífero con las tesis “belicistas” sobre el rol de la guerra en la construcción del Estado-nación, que han encontrado su mejor –en todo caso la más concisa– fórmula en la frase de Charles Tilly que “los estados hacen la guerra y la guerra hace los estados”, Centeno desglosa los distintos procesos que confluyen para sostener esa tesis, encontrando que en la mayoría no son aplicables a la historia de América Latina. Las guerras en América Latina no aumentaron la capacidad del Estado a centralizar su poder burocrático, sea para imponer impuestos, sea para extender su presencia a los territorios alejados, sea para someter fuerzas regionalistas o homogenizar las poblacio-

nes. Los orígenes de los Estados, resultados de las guerras de independencia, se debían a y crearon condiciones socioeconómicas muy distintas a las de Europa. No había necesidad ni suficientes motivos para las elites a centrar sus esfuerzos en la empresa, costosa y riesgosa, de luchar por un Estado fuerte, unificado y centralizado, capaz y —como asevera con razón Centeno— proclive a desarrollar guerras territoriales. En consecuencia, los Estados latinoamericanos no disfrutaban tampoco de las consecuencias “positivas” de las guerras nacionales que contribuyeron al crecimiento económico y fortalecimiento político de los Estados europeos.

La violencia política, por supuesto, no está ausente en la historia de América Latina. Pero antes de dirigirse hacia fuera, la violencia se consumía en una serie casi sin interrupción de conflictos internos que, sin embargo, tampoco se convirtieron con frecuencia en guerras civiles de la envergadura de, por ejemplo, la guerra civil norteamericana, que para Estados Unidos significó un proceso formativo muy similar a las guerras entre Estados en Europa. Las líneas conflictivas en Latinoamérica se desarrollaron básicamente entre grupos “raciales”, sociales o clasistas. La unidad cultural del continente contribuyó a que las cercanías entre las elites en los distintos Estados eran casi siempre más grandes que con “el pueblo” en sus respectivos países, o dicho de otra perspectiva, que la competencia entre los grupos de elite, que por supuesto también existía, pocas veces se alineaba de acuerdo con las fronteras del Estado que casi nunca llegó ser un Estado realmente “nacional”.

El valor del análisis de Centeno no reside en primer lugar en lo novedoso de su tesis. Pero es extraordinario cómo el autor la desarrolla, fundamenta y refleja tanto en términos empíricos como teóricos,

combinando métodos y discursos sociológicos, históricos y de ciencia política. No esquiva los ejemplos y argumentos contrarios a sus tesis, acepta excepciones o casos que le parecen difíciles de explicar. Para él, ninguna interpretación histórica puede ser un proyecto completo con capacidad explicativa “cien por ciento”. Admitido esto, su libro es la presentación de una tesis de largo alcance histórico convincente como pocas, narrada con dominio soberano de los conceptos teóricos y de los datos de los casos estudiados. Parece que la modestia, o mejor dicho la conciencia de los límites de cualquier teoría grande sobre procesos históricos y sociales es la mejor base para desarrollar teorías inteligentes. Un libro de mucha riqueza, lleno de ideas productivas para todas las disciplinas de ciencia social e históricas.

Rainer Huhle

Roderic Ai Camp (ed.): *Citizen Views of Democracy in Latin America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press 2001. 294 páginas.

La discusión sobre la paulatina consolidación de la democracia en América Latina tras las dictaduras militares ha hecho poco hincapié en el factor subjetivo del fenómeno y se ha enfocado, más bien, en los factores estructurales, socioeconómicos e institucionales de la política. El profesor Camp y sus autores intentan contribuir al gran debate de la interacción entre la cultura política y la acción democrática del individuo (tema fuertemente discutido en las ciencias sociales desde las obras de Sydney Verba y Gabriel Almond *The Civic Culture*) y responder al interrogante de cómo la ciudadanía conceptuali-

za la democracia. Camp ofrece en su obra una docena de artículos sobre las opiniones de los latinoamericanos en tres países de historias muy distintas en términos de democracia, dictadura y autoritarismo, a saber, Costa Rica, Chile y México (el título resulta algo excesivo al hablar de “citizen views of democracy en América Latina”). Además, el autor presenta y discute los diferentes valores específicos de la democracia de hispanoamericanos y no hispanoamericanos en Estados Unidos. Las contribuciones se basan en los sondeos de opinión Hewlett Poll (1998) y del *Wall Street Journal* (1999), y en los sondeos del Latinobarómetro. En el libro se adjunta un CD con los datos de los sondeos para poder ser utilizados por el lector en sus propias investigaciones.

Los datos y sus interpretaciones muestran una clara dicotomía entre las opiniones de los norteamericanos y en gran medida, de los costarricenses, de un lado. Éstos asocian con la democracia los valores de libertad y los principios de una democracia procedural. Del otro lado, en los demás países, reina un concepto de la democracia basado principalmente en lo social y en lo económico. En relación con las expectativas frente a la democracia, los factores de equidad y de progreso social son mucho más importantes en los tres países latinoamericanos que en EE.UU. Los sondeos revelan también que las diferencias de opinión cambian poco con variables como el género y la edad, pero varían fuertemente según la clase social (p. 34). El apoyo a la democracia como sistema preferible a todas las demás alternativas es muy alto en Costa Rica (más del 80%), mientras que en Chile y México se mueve en un porcentaje entre el 50% y el 60% (datos para 1996 y 1998, p. 93).

Al final del libro el historiador inglés Alan Knight ofrece un análisis crítico fren-

te a los conceptos de la cultura política, recordando al lector los términos poco precisos que a veces son utilizados en los sondeos de opinión, pero admitiendo la utilidad de esta estrategia de investigación. En mi opinión, es una idea excelente terminar con un tono autocrítico sobre el tema, críticas que son respondidas en cierto grado en alguno de los artículos anteriores.

Con todo, *Citizen Views of Democracy in Latin America*, es un libro muy interesante para profundizar en la comprensión del aspecto subjetivo de la consolidación de las democracias –todavía frágiles en muchos casos– en América Latina. Sería de gran interés tener obras similares sobre Centroamérica y los países andinos.

Wolfgang S. Heinz

Karin Gabbert/Wolfgang Gabbert/Bert Hoffmann/Albrecht Koschützke/Larita Müller-Plantenberg/Urs Müller-Plantenberg/Elenore von Oertzen/Juliane Ströble-Gregor (eds.): *Jahrbuch Lateinamerika. Analysen und Berichte 26. Religion und Macht*. Münster: Westfälisches Dampfboot 2002. 231 páginas.

El anuario latinoamericano editado por Karin Gabbert y colaboradores trata en 2002 un tema excepcionalmente interesante: la relación entre las religiones y el poder –más político que social– en la región. Se busca respuesta a la pregunta de cómo son creadas las identidades religiosas y políticas y qué impacto tienen las primeras sobre las segundas. En cambio, hay poco interés por las políticas de los Estados.

El libro reúne ocho artículos, algunos enfocados por países y otros por temas. Los artículos se centran más en las tendencias de las sociedades latinoamericana-

nas que en las políticas estatales. Entre los artículos más interesantes en mi opinión se encuentra un estudio del impacto de la teología de la liberación de la Iglesia y la sociedad en Brasil, escrito por John Burdick. El autor hace hincapié en el paulatino impacto de la Iglesia Católica sobre el discurso político y social durante la dictadura y después de ésta. Todavía existen comunidades de base, con una gran autonomía de la Iglesia institucional. Ejemplifica tres áreas, a saber, la campaña en favor de los derechos de los sin tierra, la lucha contra el racismo y la lucha por los derechos domésticos y reproductivos de la mujer. Según el autor, contenidos importantes de la teología de la liberación se han generalizado en los movimientos sociales de Brasil.

En su contribución sobre el tema de los evangélicos y protestantes fundamentalistas en Guatemala, Brasil y Perú, Juliane Ströbele-Gregor presenta un cuadro bien diferenciado del papel de esas vertientes religiosas que representan alrededor del 10% de la población en América Latina. En su gran mayoría tienden al conservadurismo y ayudan en gran medida a determinados presidentes de Guatemala (Ríos Montt) y Perú (Fujimori). En Brasil, estos grupos son bastante activos en el campo de la política. Vinieron de EE.UU. a mediados del siglo xx, y actuaron durante mucho tiempo en contra de la teología de la liberación. Sin embargo, la autora muestra que recientemente, después del fin de la Guerra Fría, ha habido cambios en sus comportamientos, por ej. dejan de separarse de otras religiones e incluso aceptan en algunos casos cierto compromiso social y político. La autora advierte sobre el peligro de generalizar demasiado según los parámetros de los años setenta y ochenta. Paulatinamente se percibe un cierto interés por el tema de la justicia social en algunos sectores.

Peter Hertel ofrece un panorama reciente de la obra del Opus Dei. Parte de la tesis de que la meta del Opus (organización ultra conservadora católica) es el control del Vaticano y aumentar su poder en la sociedad, la economía y la política. Para ello reemplaza a los obispos progresistas por obispos conservadores en América Latina, actuando en estructuras mafiosas. El autor afirma que el Opus ha actuado en contra de la teología de la liberación en el Perú y en El Salvador. Trata con cierto detalle la manera de financiamiento a través de fundaciones e incluso con apoyo de la Unión Europea en proyectos de cooperación internacional. Los grupos-metas del Opus Dei son los niños y jóvenes. En el anexo, Hertel completa su artículo con nombres de miembros y organizaciones e instituciones por países. Se asemeja más a un trabajo de periodismo investigativo, muy informativo.

También interesante es la discusión sobre el islam en el Caribe, tomando como ejemplo Trinidad y Tobago, cuya población musulmana es de un 6%. Nasser Mustapha no se centra en la teoría del “choque de civilizaciones” de Huntington entre el islam y los sectores religiosos (vive en Trinidad y Tobago con un grupo de hindúes). Identifica numerosas tensiones en el seno de los musulmanes debido a la interpretación del Corán y las consecuentes recomendaciones políticas. El autor diferencia entre los grupos reformistas militantes y los no militantes (en 1990 hubo un intento fallido de golpe de Estado por un grupo islamista en Trinidad y Tobago).

Una contribución especialmente interesante es el tema de la fe en el pensamiento de José Carlos Mariátegui por Eleonore von Oertzen. La autora identifica el mito social como un elemento clave en el pensamiento de Mariátegui (siguiendo a George Sorel), estableciendo que para éste

es necesaria una motivación espiritual o religiosa como último motivo para la acción revolucionaria. Von Oertzen trata la relación entre la fe y la lucha, proponiendo que Mariátegui vio en el socialismo una religión e identifica algunos elementos claves en este sentido. Muestra cómo la teología de la liberación toma elementos del pensamiento del pensador peruano. Religión y cambio social de la sociedad aparecen entrecruzados en esta interpretación.

Otras contribuciones tratan el rol del chamanismo (Elke Mader), la resistencia de los indios tule en Colombia (Milton Santacruz y colaboradoras), y la difusión de la teología de la liberación en América Latina (Norbert Ahrens). Además hay capítulos sobre recientes acontecimientos en siete países latinoamericanos.

Wolfgang S. Heinz

Klaus Bodemer (ed.): *El nuevo escenario de (in)seguridad en América Latina: ¿Amenaza para la democracia? Caracas: Editorial Nueva Sociedad 2003. 195 páginas.*

El tema de la inseguridad en América Latina ha sido analizado en los últimos años muchas veces y desde muy diversas perspectivas. Sin embargo no existen aún estrategias efectivas que permitan encontrar una salida a las casi omnipresentes inseguridad y amenazas (¡no criminalidad!) que persisten.

El presente volumen se concentra en la “nueva agenda de seguridad”, es decir, en el narcotráfico, la violencia, la inseguridad ciudadana y “la creciente conflictividad social como respuesta a la extendida pobreza”, aun cuando las causas correspondientes con toda seguridad difieren

para cada caso en particular. En este contexto (sobre todo respecto al narcotráfico y la violencia) habría que preguntarse, si realmente se trata de un “nuevo escenario de inseguridad” o si se trata de procesos ya conocidos, los cuales sin embargo están conectados con consecuencias muy graves, y que han ido intensificándose muy claramente desde los años noventa.

El volumen consta de dos partes. En la primera no se discute convincentemente el “nuevo escenario de la (in)seguridad en América Latina”, sobre todo ya que no se trata realmente (como ya se explicó anteriormente) de un nuevo escenario. El “panorama de conflictos y violencia en América Latina” (ver cuadro 1) es en su contenido general ya desde hace mucho tiempo conocido. Además existen dudas si realmente el 11.09.2001 ha influido en el “sistema interamericano”, aunque sí seguramente en las formas de lucha contra el terrorismo.

La segunda parte incluye artículos de reconocidos especialistas sobre seguridad, violencia, inestabilidad, etc. en América Central y México, la región andina y el Cono Sur, los cuales fueron discutidos en un taller en junio de 2001 en Hamburgo, es decir, antes de los acontecimientos del 11.09.2001. En esta segunda parte se trabaja más profundamente el tema de los factores de la seguridad y de la inseguridad relacionados en los capítulos introductorios de la primera parte.

Resumiendo: muy detallados análisis sobre la situación de la seguridad en Latinoamérica a comienzos del siglo XX, en los cuales, sin embargo, salen a relucir muy pocos aspectos realmente nuevos.

Günter Mertins

Craig L. Arcenau: *Bounded Missions. Military Regimes and Democratization in the Southern Cone and Brazil.* Pennsylvania: Penn State University Press 2001. 262 páginas.

Los politólogos somos una especie rara. No contentos con lo que sabemos hacer más o menos bien, es decir describir los fenómenos políticos en las distintas partes del mundo y tal vez sacar unas conclusiones comparando situaciones comparables o no tan comparables, nos cargamos con la tarea de construir modelos de comportamiento político, descubrir leyes según las que la política se desarrolla (o tendría que desarrollarse), o, en el caso de Craig Arcenau de la California Polytechnic State University, de “formular modelos de predicción del control de la transición” (de las dictaduras militares a la democracia). El libro comienza con una predicción que tal vez no requeriría modelos ni leyes: que después del retiro de los militares activos de todos los gobiernos latinoamericanos “se puede esperar que en algunos países se consolidará el gobierno civil, en otros fallará, y en todavía otros países la situación se quedará en alguna parte intermedia entre las dos anteriores”. Y para darle más peso a tan tremenda predicción, citamos a la máxima autoridad que ya no es Aristóteles sino Huntington.

Como los politólogos somos también pacientes, seguimos con la lectura y somos remunerados aprendiendo el alcance del estudio en consideración. El autor de “Military Regimes and Democratization in the Southern Cone and Brazil” se propone desarrollar una teoría de los ciclos de vida de las dictaduras militares en dicha parte de América Latina que se distingue de la mayoría de las teorías ofrecidas por su enfoque en el funcionamiento de los regímenes militares mismos y no tanto por su

interacción con el resto del sistema político y de las sociedades. Las características intrínsecas de los regímenes militares y por lo tanto de las diferentes maneras en que terminan su ciclo (siguiendo a Rouquié, Arcenau destaca con razón que los regímenes militares en América Latina son esencialmente transitorios), son estudiados en cinco “casos comparables”: Argentina (dos casos: el de la “revolución” de Onganía y el del “proceso” de Videla y sus sucesores), Chile, Uruguay y Brasil. Los cinco casos se dividen en dos que han salido exitosos en el sentido de que entregando el poder a un gobierno civil sabían mantener sus prerrogativas institucionales y buena parte de su “misión” política (“controlled transition”); dos salieron medio exitosos (“balanced transition”), y uno falló (el “Proceso” argentino).

¿Cómo explicar esas diferencias en situaciones comparables? Arcenau descarta las explicaciones exteriores, tales como el grado de democracia alcanzado en la sociedad anterior al golpe; el estado de la economía y del bienestar o el grado de movilización social opositora y otros factores comúnmente aducidos. Estos factores del entorno no explicarían los resultados diferentes en los distintos casos sin tomar en cuenta los factores, decisivos en la argumentación del autor, que tienen que ver con la institucionalidad de las fuerzas armadas mismas. Serían dos los factores determinantes: el grado de unidad interna del régimen militar y su capacidad de formular estrategias para coordinar agendas políticas y económicas. Pongamos esos dos factores en una matriz con los cinco casos en estudio, y ¡oh! milagro— ya tenemos los “determinantes del control de transición”: cuando se disponga de los dos factores o capacidades, el éxito del régimen está garantizado, cuando se cuente con uno sólo, el éxito es sólo a medias, y

cuando ninguno, el fracaso. Hasta ahí el “modelo explicativo”.

Los politólogos precoces nos preguntamos entonces, como los niños impertinentes, ¿y de dónde vienen los factores? Y comenzamos a buscar en los estudios de caso. Notamos con satisfacción que el constructor de modelos explicativos se vuelve en los estudios de caso un bien informado (hay excepciones como cuando Arcenaux repite el viejo cuento de los militares apolíticos antes de Pinochet) narrador de historias. Los estudios sobre las cinco dictaduras militares son buenos y útiles resúmenes desde la perspectiva de las instituciones militares y sus distintas maneras de relacionarse con la sociedad y los políticos civiles. Como contraparte a una historia que sólo ve las causas de las dictaduras en las coyunturas macro políticas, el enfoque sobre las lógicas, restricciones y posibilidades institucionales es sin duda un aporte valioso. Pero ofrecerlo como alternativa a estos otros modelos explicativos es de todos modos exagerado y en cierto sentido frívolo. La famosa “política de seguridad nacional” aparece en esta perspectiva como mero recurso para llenar un hueco ideológico en la formulación de la “estrategia” necesaria para el éxito del modelo, despojada de su nefasto contenido. O el modelo económico neoliberal igualmente es visto exclusivamente como un recurso más –y aparentemente cambiante por cualquier otro– en el juego institucional del régimen. No se trata de exigir condenaciones éticas dentro de un esfuerzo puramente analítico, pero sí de reconocer los estrechos límites explicativos de esos juegos de modelos. “Bounded missions” ofrece información bien sintetizada sobre los mencionados regímenes militares, pero como empresa teórica quedan “bounded explanations”.

Rainer Huhle

Erika Billeter: *Viva la vida. Kuba – eine Begegnung in Bildern*. Bern: Benteli Verlag 2002. 159 páginas.

El libro de Erika Billeter es un “tomo fotográfico”; las fotografías, pues, son por lo menos tan importantes como el texto. El arte de fotografiar tiene una larga tradición en Cuba. Parece que las primeras fotos datan ya del año 1840, es decir un año después de que Daguerre patentara la fotografía. En sus principios, eran fotógrafos los que “escribían” con sus fotos la historia de la isla. En los años cincuenta del siglo XX, durante la dictadura de Batista, Constantino Arias documentó críticamente y de manera distanciada la vida de los ricos y de los pobres. Unas de sus fotos más famosas muestran la vida nocturna de La Habana, las bailadoras y sirvientas, los “clientes” y jugadores.

Pero la verdadera hora estelar de la fotografía cubana llegaría con la Revolución de 1959. Desde un principio, Fidel Castro conocía la importancia del medio fotográfico, e hizo amplio uso de él. Sabía que en un país con un alto índice de analfabetismo las fotos tendrían una mayor repercusión que el texto escrito. Consciente del valor propagandístico de la fotografía, Castro invitó a reporteros y fotógrafos estadounidenses a documentar las diferentes fases de la Revolución. Varios le siguieron a la Sierra Maestra, y las fotos de aquellos años contribuyeron sensiblemente a forjar el mito de la Revolución cubana y a crear la imagen de los héroes revolucionarios: Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara. Alberto Korda –a quien se debe la foto más conocida del Che (“guerrillero heroico”)– Osvaldo Salas y Raúl Corrales son algunos de los fotógrafos más conocidos de la época a quienes se debe gran parte de la documentación de la Revolución. Ellos no solamente “crean” a los héroes convertidos en ídolos durante muchos años, sino también un esti-

lo fotográfico propio, característico de Cuba de la segunda mitad del siglo xx. En el capítulo sobre “la vida cotidiana en tiempos nuevos – fotografía documental como estilo” se pueden ver fotos de Tito Álvarez, Iván Cañas Boix, Ramón Grandal, María Eugenia Haya (Maruela) y otros.

No eran sólo fotógrafos cubanos, los que se dejaron inspirar por los acontecimientos. A Cuba peregrinaron reporteros y fotógrafos de todo el mundo, para documentar la “historia vivida” de la Revolución y enseñarla al mundo entero. De los muchos extranjeros, quedan documentados en el tomo un suizo –Luc Chessex– y un austriaco –Karl Haimel–, a quien se deben las fotos más recientes de los años noventa del siglo xx, ante todo de bailarores de salsa.

El libro muestra el desarrollo de una fotografía autónoma en Cuba, ante todo desde la Revolución. Los textos de Erika Billeter –que ya ha presentado varios otros tomos sobre fotografía en América Latina– interpretan este desarrollo, lo explican y lo encuadran en un contexto sociopolítico. En cierta manera, las fotos reflejan también la decadencia de la Revolución, el paso de un estilo “documental” y realista a uno mucho más subjetivo y personal. “Viva la vida” es un libro que, a pesar de presentar fotografía “documental”, podría considerarse poético. Habiéndolo leído y después de contemplar las fotografías, a uno le entran ganas de ir a Cuba.

Walther L. Bernecker

Bartolomé Bennassar: *Cortez der Konquistador. Die Eroberung des Aztekenreiches*. Düsseldorf / Zürich: Artemis & Winkler 2002. 359 páginas.

El título original francés, “Cortés. Le Conquérrant de l’Impossible”, corresponde

más al contenido del libro que el de la edición alemana, pues este último da la impresión de que se trata, una vez más, de una descripción de la conquista del Estado mexicana. Pero el autor disminuye esta parte de la vida del famoso conquistador a sólo dos de los quince capítulos. Está tratando, al contrario, de presentar a Cortés como uno de los aventureros de la historia de la conquista del nuevo continente, tanto de sus éxitos como sus fracasos. Presenta una visión completa de este personaje bajo tres diferentes temas. El primero describe al conquistador aventurero y exitoso. El segundo contiene la problemática del desarrollo de esa personalidad desde su triunfo hasta el desencantamiento. El tercero entrega el diseño de un retrato entre párrafos sobre la personalidad carismática, el hombre mujeriego, su posición frente a los indígenas como seres diferentes y su comportamiento como representante del poder y de la riqueza. Finaliza con la temática del personaje de las leyendas, preguntando si era un héroe popular.

En la nota editorial se declara que el autor contesta por primera vez a la cuestión de la personalidad de Hernán Cortés en base a un conocimiento extenso de todas las fuentes disponibles, dibujando en esta biografía “grandiosa” un retrato diferenciado de Cortés y de los hombres y mujeres que rodearon al conquistador aventurero, fuera de toda manera de “pintar en blanco y negro”. Lástima que no sea así. Está festejando a Cortés como constructor de un nuevo mundo. Es una biografía en base al pensamiento eurocéntrico. Es rica en detalles, lo que significa el creciente peligro de cometer errores. Esta biografía, escrita con la finalidad de impresionar a una mayoría de lectores, ha incorporado mucho sin la necesaria crítica. El autor, que no entiende nada de las sociedades indígenas de México, de sus acciones y reacciones, no sabe hablar

sobre antecedentes, causas y motivos. Así, en general, se presenta como una parte de la historia de acontecimientos, profundizando pocas veces en los motivos de los actores. Tampoco da una nueva idea, como promete la editorial, sobre el comportamiento contradictorio del contrario de Cortés, el *tlatoani* mexica Moctezuma.

El historiador francés, buen conocedor de la historia española, sigue en la mayoría de los asuntos discutidos a los cronistas Bernal Díaz del Castillo y Francisco López de Gómara, este último el primer biógrafo aparentemente a favor de Cortés. El autor agrega material, procedente sobre todo de los archivos de Sevilla, Valladolid y México. Integra en la discusión las opiniones de muchos de los hombres contemporáneos al conquistador así como ideas expresadas por parte de escritores modernos.

Cae, sin duda, también en la trampa de la fascinación que provoca este personaje histórico, cuyas acciones y reacciones en gran parte todavía permanecen oscuras.

Lástima que se tenga que constatar que no todos los errores e inexactitudes cometidos en el texto corren a cargo del traductor y de la editorial, que descuida bastante la edición alemana. El historiador europeo no ha controlado todo lo que toca a los indígenas; no conoce la literatura antropológica. Así, confunde, por ejemplo, el maíz con el casabe, hablando de maíz o yuca como alimentación durante las expediciones (p. 24). En otro lugar se habla de "Cassiafruchtbrot" (p. 59). Más problemático aún es su reproducción sin crítica de la descripción de un sueño que Cortés tuvo y relató en Hispañola más de diez años antes de su conquista de México. Allí se dijo que "teutl", en el idioma de los "indios" significa "Dios, hijo del sol y gran señor" (p. 11). El autor no registra que era imposible conocer esta palabra mexica y su sentido en aquel entonces y que el informe sobre este sueño hubiera sido una reinterpretación

con conocimientos de años posteriores. Se contradice a sí mismo con la aseveración de que Cortés, durante su salida de Cuba, no podía tener en vista la conquista de México central, es decir, del Estado mexica, pues no tenía ninguna información sobre esto (p. 35). ¿Y qué significa que entre los indígenas de México la cría de cochinos era un elemento importante de su alimentación? (p. 22).

Así se tiene que constatar que la pretensión del autor de ofrecer al público una biografía con el carácter de una obra histórica solamente se ha alcanzado relativamente. No es tan fácil conquistar "lo imposible".

Ursula Thiemer-Sachse

Sebastián Faber: *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in México, 1939-1975*. Nashville: Vanderbilt University Press 2002. 322 páginas.

La historia de las relaciones hispano-mexicanas durante el siglo xx ha estado marcada por la ayuda mexicana a la Segunda República durante la Guerra Civil y la posterior acogida de miles de refugiados. Unas relaciones en las que el desencuentro diplomático durante la revolución mexicana y la dictadura franquista no impidieron todo tipo de intercambios oficiosos de carácter cultural, ideológico o económico. La más reciente historiografía mexicana ha insistido, precisamente, en el estudio de este tipo de relaciones oficiosas durante las primeras décadas del siglo xx y, más recientemente, el primer franquismo. En cambio, el exilio ha sido abordado de manera dominante desde el enfoque de estudio de la obra de la elite intelectual tanto por historiadores mexicanos como españoles. Mucho menos es lo que se co-

noce sobre la política del exilio, el debate sobre la cuestión española en México, la política mexicana hacia España y las relaciones entre los republicanos españoles y el México posrevolucionario.

Y es desde una perspectiva a medio camino entre lo político y lo cultural donde se inscribe este libro del joven profesor, afincado en Estados Unidos, Sebastián Faber. Es este enfoque desde los estudios de crítica literaria, pero en diálogo con la historia y la ciencia política, uno de los principales méritos del libro *Exilio y hegemonía cultural*, dedicado a la reflexión y las relaciones con México de los intelectuales exiliados españoles. Su aportación se inscribe en la estela de las miradas anteriores de hispano-mexicanistas norteamericanos como Patricia Fagen o Thomas Powell.

El libro se detiene en la lucha de los intelectuales republicanos por la hegemonía cultural, en su defensa de que la “España republicana” representaba la verdadera cultura española. Sin embargo, Faber sostiene que, con el crecimiento del autoritarismo de la *república imperial*, los exiliados tendieron a modificar su visión del papel del intelectual desde el compromiso hacia una lectura más “liberal” influida por la figura de Ortega. En ese sentido, destaca cómo el nacionalismo español de la izquierda coincidía a menudo con la retórica panhispanista de los ideólogos del franquismo, por lo que aquéllos cayeron en una retirada intelectual además de en una parálisis política. A su juicio, la derrota en la Guerra Civil y el exilio asfixió el desarrollo de una elite intelectual comprometida con una nueva concepción de la cultura, de la política y de las relaciones entre los intelectuales y las masas.

Una de sus principales aportaciones es el análisis de la producción de la elite del exilio intelectual en su contexto histórico, estudiando la realidad de los regímenes

posrevolucionarios mexicanos frente a una historiografía dominante en la que referencia a la política mexicana era demasiado estereotipada, aludiendo simplemente a la ayuda a los republicanos y a la ausencia de relaciones diplomáticas con Franco. Para ello toma las figuras de Larrea, Masip, Bergamín, en sus tentativas de crear un “contracanon” antifranquista, así como el papel de los intelectuales más integrados en la cultura del México posrevolucionario, José Gaos y Max Aub.

Además, en el libro encontramos una reflexión sobre el bajo papel político de los exiliados en México debido a la autocensura y su condición de asilados. De todas maneras, Faber considera que el bagaje de los exiliados contribuyó indirectamente a la democratización mexicana y tuvo un notable impacto en la sociedad anfitriona y no sólo en la alta cultura.

El aspecto más polémico de la tesis de Faber es su insistencia en que los intelectuales exiliados contribuyeron, consciente o inconscientemente, a la construcción de la hegemonía cultural del México del Partido de la Revolución Institucional. Es muy interesante su análisis de la utilización del exilio por los regímenes presidenciales del poscardenismo, es decir, de cómo la conmemoración de la ayuda mexicana durante la Guerra Civil se convirtió en una fuente de legitimación del régimen y en un elemento más de la cultura política oficial como lo eran los héroes de la independencia o la revolución, la educación laica, la reforma agraria y la expropiación petrolera.

Los casos de los socialistas Gaos y Aub resultan especialmente interesantes ya que fueron los intelectuales mejor situados en las instituciones culturales mexicanas. Sin embargo, su relativo acomodo y satisfacción con la realidad del poscardenismo no los convirtieron, a mi juicio, en intelectuales “orgánicos” del

PRI. Además del hecho de que la “hegemonía cultural” del partido oficial ya existía antes de la llegada de los exiliados, la estrechez de las clases medias ilustradas mexicanas hacía necesario que todos trabajaran para el Estado posrevolucionario.

Con todo, el libro de Faber resulta una aportación de primera magnitud sobre las mal conocidas relaciones entre los republicanos españoles y las elites políticas e intelectuales de México y sobre la construcción en este país del mito de la “España republicana”.

Abdón Mateos

Frank Safford/Marco Palacios: *Colombia, Fragmented Land, Divided Society*. New York/Oxford: University of Oxford Press 2002. 404 páginas.

Éste es uno de esos libros para cuya discusión el espacio disponible en esta revista no es suficiente. Frank Safford y Marco Palacios, dos de los más meritorios colombianistas, escribieron esta visión general. Tienen en común la distancia frente a la teoría; sus observaciones se apoyan en un trabajo propio de fuentes, y los ejemplos utilizados para fundamentar sus afirmaciones están bien seleccionados. Sin embargo, los autores se diferencian entre sí por su forma de tratar la historia colombiana. Mientras que Safford hace un claro énfasis en la historia política (y en la periodización de ésta), en las explicaciones de Palacios se tratan equitativamente la economía, la sociedad, la política y la cultura. La fragmentación, subrayada por la propia geografía del país, podría definirse como el hilo conductor en esta obra. La división del país en distintos paisajes diferenciados entre sí por climas y obstáculos naturales produjo culturas regiona-

les que se integraron sólo con dificultad. Nueve mapas sobre estructura de la superficie, rutas de transporte, minería, distribución de la población, movimientos de colonización, administración y actores de la violencia, así como numerosas tablas que realizan también una subdivisión regional, resaltan la importancia de la geografía.

Safford, quien describe el período hasta 1876, remite al centrifugo proceso de colonización causante de una rivalidad entre grupos de asentamiento que perduró hasta finales del siglo XIX. Su texto es más denso, en una mezcla entre historia de acontecimientos y estructuras, cuando relata la primera mitad del siglo XIX. Encuentra pruebas de esfuerzos tendentes a alcanzar una unión por encima de las regiones tras la revolución criolla en Quito en 1809. Como línea divisoria en la sociedad resalta, entre otros factores, el miedo de las clases altas a una abolición general de la esclavitud. Safford describe el experimento fracasado de la Gran Colombia con las dificultades en las finanzas, la discusión centralismo-constitucionalismo entre los admiradores de Bolívar y los seguidores de Santander, la lucha de militares y juristas por la hegemonía en el Estado, la oposición del clero frente a la entrega de privilegios así como las tensiones de fondo entre la región venezolana y la nuevogranadina. Estos antagonismos no fueron eliminados con la fundación de la república de la Nueva Granada después de 1831. En la era liberal, de 1845 a 1876, los artesanos entraron por primera vez en escena como actores sociales y políticos, aunque tenían muy poco apoyo de los demás sectores de la sociedad para representar sus intereses (proteccionistas) eficazmente. Safford describe este período como una época de progreso económico durante la cual se desarrolló particularmente el sistema de transporte y que ter-

minó con debates en los que el tema de la Iglesia en la sociedad fue nuevamente decisivo.

En un espacio reducido, Palacios examina la continuación del desarrollo iniciado, pero bajo un patrón conservador. Mientras que la economía creció a pesar de reveses considerables, las oligarquías se opusieron a una inclusión reforzada de las clases bajas con diferentes modelos políticos y, de vez en cuando, valiéndose de medio violentos. Los conceptos “conservador” y “liberal” se separan cada vez más de su unión a los partidos, considerados por la historiografía durante mucho tiempo como bloques monolíticos. Por “conservador y liberal” Palacios entiende corrientes que en distintas etapas del desarrollo influenciaron con diferente intensidad el espíritu del tiempo. Sus cortas observaciones sobre el cambio de la cultura de las elites y la cultura popular son acertadas. El libro termina, como se espera, con un capítulo sobre violencia política en la segunda mitad del siglo xx. El autor hace hincapié en que sectores de la población independientes de los partidos y de personas influyentes empezaron a organizarse a nivel regional y en que la creciente presión de las instituciones estatales condujo a una disidencia cada vez mayor. A esto se sumó la formación de guerrillas *foquistas* influenciadas por la revolución cubana. Cuando el Estado dio signos de debilidad, las organizaciones paramilitares ocuparon su lugar como antagonistas de la guerrilla. Hoy, frecuentemente se encuentran unos frente a otros en una estructura horizontal en las luchas por la hegemonía territorial. No se percibe de manera clara una concepción sostenible de desarrollo más pacífico para el futuro. El libro termina abruptamente con algunas anotaciones acerca de los ridículos resultados de las negociaciones entre la Iglesia Católica y los comandantes del ELN. A

dónde lleva todo esto no nos lo dice Palacios, pero se puede entrever que más bien será al infierno que a la puerta del cielo. Si acaso hay algo que criticarle a este libro es su baremo temático, pues la competencia de sus autores es indudable. Para mi gusto, el tema de las relaciones internacionales (sobre todo en los capítulos de Safford, quien las reduce simplemente a las importaciones y exportaciones) ocupa un espacio demasiado pequeño.

Thomas Fischer

Marisa Ramos Rollón (ed). *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca 2002. 311 páginas.

Esta obra es el resultado del trabajo colectivo que se presentó en los días 16 y 17 del mes de noviembre del año 2000 con la celebración del Seminario Internacional “Venezuela: alcances, límites y desafíos del actual sistema político” en la Universidad de Salamanca y organizado por el Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal. El libro está estructurado en tres partes en las que se aborda el estudio de distintos aspectos del sistema político, los actores políticos, así como las condiciones sociales y económicas. La combinación de estos tres elementos permite finalmente obtener una visión general de la situación política actual venezolana y evaluar el impacto de los cambios institucionales producidos desde 1998.

Tanto la primera parte del libro, “Antecedentes, formación y caracterización del sistema político (1999-2001)”, como la segunda, “Los actores y su comportamiento político”, constan de cinco artícu-

los cada una, alguno de los cuales pasaré a comentar. En la primera parte del libro, Joaquín Marta Sosa compara las Constituciones venezolanas de 1961 y de 1999 para identificar las diferencias en el diseño del sistema político. Las conclusiones a las que llega este autor son muy significativas. La Constitución de 1961 permitía la ampliación y profundización de la democracia, la descentralización y la extensión de la participación ciudadana, no era un obstáculo para superar la crisis venezolana. Así, “la Constitución de 1999 tiene como significado principal el de ser el símbolo de ruptura y el instrumento de consolidación de la hegemonía de una nueva élite política” (p. 34). La nueva Constitución, además de tener una naturaleza obsoleta, tiene un problema grave de bajo potencial de aplicabilidad constitucional y por su origen excluyente tiene pocas posibilidades de sobrevivir a otro gobierno diferente al que la creó. Para Luis Gómez Calcaño y Nelly Arenas, la actual Constitución contiene fuertes rasgos estatistas y populistas. En su artículo, además, identifican otros rasgos populistas del gobierno venezolano, como por ejemplo el carácter confrontacional y polarizador y la apelación al pueblo o la alta concentración de poder en torno a la figura del presidente. Sin embargo, la combinación de una agenda populista con un programa económico neoliberal hace que se pueda asemejar, según estos dos autores, a Chávez con otros neopopulistas como Ménem y Fujimori, pero con dos diferencias importantes: el descontento de ciertos sectores del ejército con el gobierno y la ineficacia de éste en la gestión administrativa y económica.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto podemos estar de acuerdo con Michael Coppedge cuando afirma que la democracia venezolana no es completamente autoritaria pero existen elementos

de autoritarismo como el control del ejecutivo, legislativo y judicial por un único movimiento político. “Las instituciones necesarias para la democracia liberal están presentes, pero no son suficientes, dado que su agenda política compartida las hace incapaces de vigilarse unas a otras” (p. 92). En definitiva, las perspectivas de futuro para lograr una democracia más moderada y menos “autoritaria” no son buenas.

La segunda parte del libro aborda el análisis de los actores y su comportamiento político. José Molina Vega y Carmen Pérez Baralt se centran en el momento de las elecciones de 2000, cuando se produce la reelección de Chávez. Para estos autores, estas elecciones reafirman la voluntad de cambio del electorado venezolano y el fin del bipartidismo que en 1993 se había constatado. El electorado se vuelve mucho más volátil y los partidos caracterizados por ser organizaciones disciplinadas y con una concreta ubicación ideológica pasan a ser una o varias personalidades en torno a una plataforma no definida ideológicamente y que no logra generar ni lealtades populares estables ni penetración social. Es un “sistema de no-partidos” (p. 174). Margarita López Maya, da un paso más y se pregunta en su artículo por las posibilidades de supervivencia política del Movimiento V República (MVR) y del Patria Para Todos (PPT). Para ello, utiliza dos variables, la organización del partido y la ideología del mismo. Así, el MVR es organizativamente débil ya que carece de estructuras democráticas, bases y de un grupo dirigente unido en torno a un conjunto de ideas más allá del interés electoral. Sin embargo, el MVR ha conseguido reactivar el interés de ciertos sectores de la población por la política con un discurso integrador de los grupos más desfavorecidos, apelando a la nacionalidad venezolana y con un discurso antiliberal,

que podrían constituir las bases futuras de la organización. Por su parte el PPT cuenta con una estructura organizativa fuerte y flexible que puede crear redes sólidas y perdurables en la sociedad pero que sin embargo encuentra dificultades a la hora de resolver problemas internos. Es “una organización poco diseñada para acceder y ejercer el poder” (p. 192), sirve como correa de transmisión pero no para gobernar. La propuesta de López Maya es la integración de la emotividad del MVR y la racionalidad del PPT en aras a construir una plataforma que cuente con una identidad partidaria sólida.

La tercera y última parte aborda las condiciones sociales y económicas venezolanas a partir de dos artículos. El primero, de Ramón Torregrosa, aborda los antecedentes y tendencias de la economía venezolana. Este autor considera de vital importancia el reparto de objetivos entre todos los actores e instituciones de la economía. Así, el objetivo a largo plazo debe ser la diversificación de la economía y reducir la dependencia del petróleo. Los ingresos petroleros se deben aprovechar para la creación de infraestructuras públicas y la capitalización de los recursos humanos mejorando la sanidad y la educación. La sobredimensión del sector público debe dar paso a un Estado cuya función sea la de crear un marco jurídico rápido y eficiente. El sector público, según este autor, debe procurar el equilibrio fiscal y una distribución equitativa de oportunidades y el Banco Central debe perseguir los objetivos de “crecimiento económico y estabilidad de precios y tipo de cambio, evitando cualquier tipo de subordinación al poder político” (p. 284). Tosca Hernández cierra el libro tratando el asunto de la violencia en el sistema político venezolano y pretende contrastar la legitimación y condición democrática del gobierno revolucionario observando la violencia y el

ejercicio de poder desarrollado hasta el momento. La principal conclusión que este autor obtiene, a mi juicio, es la siguiente: “el poder se asienta en una democracia a la que maneja desde el trasfondo de la amenaza” (p. 310). La pobreza y la miseria provocan conflictos que el poder “mantiene, fomenta y potencia”. Así, la violencia terminará por constituirse en el modo de resolución de cualquier tipo de conflicto ahondando en la inseguridad social.

En definitiva, la obra ofrece las claves para el análisis de la realidad venezolana desde distintos enfoques y partiendo de la evolución política, económica y social del país desde 1958. Los fenómenos ocurridos en Venezuela en los últimos meses y los que puedan sucederse en un futuro próximo, convierten a esta obra en una lectura obligada para todos los estudiosos tanto de Venezuela en particular como de América Latina en general.

María del Mar Martínez Rosón

Robert Barros: *Constitutionalism and Dictatorship. Pinochet, the Junta, and the 1980 Constitution*. Cambridge: Cambridge University Press (Cambridge Studies in the Theory of Democracy) 2002. XVIII, 349 páginas.

Unlike any other authoritarian regime in Latin America of the 1970s and 1980s, with the possible exception of General Alfredo Stroessner's in Paraguay, the Chilean one was, and still is, identified with one single person, General Augusto Pinochet Ugarte. His remarkable, and without doubt deplorable, achievement of staying in power for almost seventeen years and, even more importantly, concentrating power in his hands meant that the dictatorship was, and still is, widely

seen as a classical example of an one-man rule bound by little, if any, constraints. Pinochet commanded, after all, the army, the strongest and most influential branch of the Chilean armed forces, and was, for most of the time, head of state, first de facto and then, after the approval of the Constitution of 1980 in a rigged plebiscite, de jure.

According to Robert Barros, this view is completely mistaken, however, despite being repeated so often by scholars and contemporary observers. Pinochet neither centralised power in his hands nor did he hold absolute powers. The military regime in Chile was not a personalist military dictatorship, he states. Rather, Barros forcefully argues on the first page of the introduction to his interesting and well-written book, ‘the course of the dictatorship in Chile was shaped by a collegial military junta’ and ‘bound by a constitution of its own making’. Based on theoretical observations about the concepts of dictatorship, legality, and institutional constraints, outlined in chapter one, in seven chapters, which follow a chronological order (starting with the assumption of power in September 1973 and the problems the military faced with defining the rules of its rule and ending with its return to the barracks and the handing over of power to civilians in March 1990), Barros presents a strong case for his theses. His arguments are particularly convincing because he uses documents generated by the junta itself, as well as its advisory bodies, in a very effective way.

Saying that, however, I feel that on some occasions Barros gets carried away. All too easily he dismisses interpretations that do not conform to his view, without presenting enough evidence to back up his conclusions and statements. After reading the book I am still not entirely convinced, for example, that the Constitution of 1980

‘was crafted neither to assure continuity in power beyond the transitory period nor to grant the armed forces a permanent place from which to dominate civilian politics’ (pp. 217-218). How do we explain, then, the role of the armed forces as the ultimate guarantors of the constitutional order? And does ‘the record’ really reveal as ‘clearly’ as he states that ‘the institution of designated senators was not designed to allow Pinochet to influence the composition of the senate but was devised in view of a future civilian regime’ (p. 233)? Even after the modest reforms of 1990, which corrected some of the most problematic and undemocratic features of the constitution, Pinochet and the armed forces still had the power to name, directly or indirectly, a substantial number of senators. Before leaving office, Pinochet nominated devoted followers to the upper chamber who, together with the members of the rightist opposition, assured the failure of any future reforms, for instance.

Despite these reservations, Barros presents a convincing case. The book is highly recommendable. His work significantly advances our knowledge of a decisive period in Chile’s most recent history. He corrects generally held interpretations of the dictatorship and demonstrates that even autocratic regimes might be bound by rules of their own making.

Marcus Klein

Roderick J. Barman: *Princess Isabel of Brazil. Gender and Power in the Nineteenth Century*. Wilmington: Scholarly Resources 2002. XIV, 291 páginas (con 58 ilustraciones).

Brasil fue el único país americano que después de la independencia mantuvo la

monarquía por muchas décadas. El primer emperador, Pedro I, regresó a Portugal en 1831 y después de nueve años de regencia, subió al trono Pedro II que iba a perderlo recién en 1889 con la declaración de la república. Así, su hija mayor, Isabel, nunca llegó a heredar el trono tal como se había esperado a partir de 1850 al haber muerto el segundo de sus dos hermanos varones. Solo en tres ocasiones (1871, 1876, y 1887/88) Isabel estaba a la cabeza del imperio como regenta debido a viajes de su padre a Europa. Sin embargo, Isabel ocupa un lugar importante en la historia brasileña ya que ella declaró la emancipación de los esclavos en 1888.

El libro de Roderick J. Barman es una biografía completa, muy bien documentada, amablemente escrita y ampliamente ilustrada. Quien quiere saber algo de la vida de Isabel no encontrará un texto mejor. Barman pudo aprovechar para este estudio su investigación exhaustiva sobre Pedro II publicada en 1999 por Stanford University Press (véase *Iberoamericana* 8, 2002, pp. 310 s.). Mientras que la monografía sobre Pedro II. es sobre todo una gruesa y detallada investigación académica (570 pp.), el libro sobre Isabel es mucho más didáctico dirigiéndose a estudiantes de pre y postgrado. Barman ha incluido casi 60 fotos de Isabel, su familia y los lugares donde vivieron y además siete textos de ella (sobre todo cartas, todas traducidas al inglés). Otra diferencia entre los dos estudios consiste en que el que va sobre Pedro II se limita a describir con lujo de detalles la vida del emperador, mientras que el que versa sobre Isabel está encuadrado en un análisis sobre género y poder en el Brasil decimonónico. No hay duda de que la cuestión del género juega un rol importantísimo en cualquier biografía, sin embargo hay que preguntar, ¿por qué es tan importante en la vida de Isabel, y tan poco importante en la de Pedro II?

En retrospectiva, Barman critica su excelente libro sobre Pedro II diciendo que fue escrito “desde una perspectiva masculina” (p. 273).

El libro sobre Isabel se divide en ocho capítulos. El primero versa sobre cuestiones de género y poder en el Brasil decimonónico y el último resume algunas cuestiones fundamentales de la vida de Isabel. El resto del texto es un recuento de su vida. Nacida en 1846, fue criada y educada por parientes y empleados sin tener mucho contacto con sus padres. Su educación la preparó para ser madre y aristócrata pero le enseñó poco sobre cómo gobernar un país y menos el Brasil. Así aprendió algo sobre la geografía y vegetación de su país pero poco o nada sobre su política, sociedad y economía. En 1864, Isabel se casó con Gastón, conde d’Eu, un nieto del rey Louis Philippe e hijo de una prima de la reina Victoria. El matrimonio con un extranjero fue una clave para la “identidad bilingüe y bicultural” (p. 242) de Isabel. En 1865 pasaron su luna de miel en Francia y después iban a volver regularmente a Europa, así que Isabel vivía una buena parte de su vida fuera de Brasil ya antes de su exilio en 1889.

En su juventud, Isabel no había sido una persona muy religiosa, pero esto cambió en los años setenta, debido –según Barman– a sus problemas para dar a luz a un heredero imperial. Después de casarse, demoró ocho años en quedar embarazada sólo para tener dos abortos espontáneos, un niño muerto al nacer y un parto complicado que dejó al bebé con graves problemas de salud. El primer hijo sano nació en 1878, catorce años después de la boda, teniendo Isabel 32 años de edad. No es de sorprender que en la siguiente década Isabel se interesara más por sus hijos (que iban a ser tres al final) que en el imperio de su padre.

Aunque Isabel iba a heredar el trono,

durante sus dos primeras regencias no intentó cambiar la política de su padre en aspecto alguno. Esto fue diferente durante su tercera regencia. Su padre se encontraba en Europa debido a una grave enfermedad y no se sabía si se iba a recuperar o morir. Existía la posibilidad de que la regenta Isabel se quedara con el mando del imperio. No es de suponer que Isabel tuviera más interés que antes en la política o en el Brasil. Al contrario, se ocupaba sobre todo de sus hijos y sus deberes como buena católica. Quizá fue su fe católica la que le llevó a declarar la abolición de la esclavitud en mayo de 1888, lo cual le mereció el nombre de “la redentora”. Aunque todos sabían que algún día iba a desaparecer la esclavitud después del fin de la trata de esclavos en 1851, Pedro II no se había atrevido a dar este paso. A lo mejor, el emperador sabía que con esta medida el trono iba a perder el apoyo de los hacendados que generalmente eran dueños de esclavos. El imperio sin esclavitud duró sólo un año. En 1889 la familia real tuvo que salir del Brasil y vivió desde entonces en Francia, donde Isabel murió en 1921. Un día, después de la caída de la monarquía, Isabel escribió a su amiga Amandinha Doria: “Si la abolición es la causa de eso, no lo lamento; considero que valió la pena perder el trono por eso” (p. 249).

Ulrich Mücke

Ollie Andrew Johnson: *Brazilian Party Politics and the Coup of 1964*. Flórida: University Press 2001. 176 páginas.

O trabalho de Ollie Johnson III analisa a estrutura política do Brasil entre 1945 e 1964, com grande ênfase quanto a formação e consolidação do sistema dos parti-

dos políticos. A obra é organizada em seis grandes capítulos, além de um apêndice valioso com vários dados sobre a representação dos partidos políticos em eleições ocorridas nesse período.

O autor salienta em seu trabalho que os partidos políticos brasileiros entre 1945 e 1964 são indisciplinados e poucos estruturados, o que leva os partidos atuarem de forma frágil. A tese de Johnson é que o sistema dos partidos é descontínuo e instável e pouco institucionalizado. Com essa linha de análise o autor oferece uma importante contribuição para o estudo do sistema partidário no Brasil no contexto do desenvolvimento político.

Em 20 de outubro de 1945, o golpe do general Góes Monteiro derrubou a ditadura de Getúlio Vargas. Nesse mesmo ano Dutra foi eleito como candidato da coligação PTB-PSD (Partido Trabalhista Brasileiro-Partido Social Democrático), vencendo o candidato do partido da UDN (União Democrática Nacional).

Em 1950, houve novas eleições presidenciais, e Getúlio Vargas venceu claramente as eleições, representando a coligação PTB-PSP (Partido Social Progressista), enquanto os candidatos da UDN e PRP bem como do PSD eram derrotados. No primeiro apêndice do livro há uma lista com os partidos de esquerda, do centro e da direita.

No segundo mandato, Getúlio Vargas tentou inicialmente uma difícil conciliação entre o seu populismo comprometido com as reformas sociais e nacionais, e os interesses dos setores conservadores, vinculados ao capitalismo americano desejoso de investir no Brasil, e representados politicamente na UDN. Essa consolidação fracassou pelo fato de que não seria possível mantê-la sem despertar antagonismos entre os progressistas ou entre os conservadores. O resultado do fracasso foi a guinada definitiva de Getúlio, tal como oco-

rreu em 1945, para o lado comprometido com reformas mais radicais, isto é, o chamado populismo de esquerda.

O autor ressalta os ataques que Getúlio sofria permanentemente da UDN, principalmente através de Carlos Lacerda. Entre as medidas nacionalistas que Vargas tomou na direção de um governo claramente progressista, o autor destaca a criação da Petrobrás (3/10/1953), a tentativa de disciplinar a remessa de lucros para o exterior, os projetos de instalação da Eletrobrás e a decretação dos novos níveis de salário mínimo.

Diante das pressões políticas, e com as perspectivas de ser derrubado da presidência, Vargas não teve como buscar outras alternativas, suicidando-se como resposta as pressões que vinha enfrentando.

Com a morte de Vargas, assumiu a Presidência Café Filho. O novo presidente foi buscar auxílio na UDN, isto é, entre aqueles que defendiam a entrada do capital estrangeiro e se achavam na linha oposta à de Getúlio, o que demonstra, como afirma o autor Johnson, a fragilidade da estrutura dos partidos políticos no Brasil, uma vez a formação de coligações partidárias se deu e ainda se dá com muita facilidade como instrumento de barganhar-se vitórias eleitorais e ou de outros interesses políticos.

Como os partidos políticos se caracterizavam por serem descontínuos e instáveis, em 1955, a UDN perdeu as eleições presidenciais para o PTB-PSP, representado por Juscelino Kubitschek. A réplica da UDN ao repúdio popular foi a tentativa de boicotar as decisões das urnas, valendo-se de artifícios jurídicos, mas não deu certo. Carlos Luz, que substituiu Café Filho na Presidência em 1955, quis aderir ao jogo udenista e foi derrubado pelo golpe legalista do Marechal Lott. Nereu Ramos, que assumiu a Presidência, passou o poder a Juscelino em 1956.

Ao analisar a participação efetiva dos partidos políticos nas eleições, com dados estatísticos, o autor demonstra com grande lucidez a indisciplina, fragilidade e coligações no âmbito da estrutura dos partidos políticos brasileiros, o que muito enriquece essa obra.

Juscelino orientou seu governo no sentido de transformar o Brasil em país moderno, associado ao capitalismo da desnacionalização econômica iniciada com Café Filho.

A fundação de Brasília, em 21 de abril de 1960, foi o símbolo do futuro dinâmico que se desejava, além de ter sido um meio de colocar o governo distante de um local tão sujeito às pressões da massa, como era o Rio de Janeiro. A criação da SUDENE, no mesmo mandato, foi a expressão das responsabilidades burocráticas que o Estado pretendia assumir na correção das seculares distorções geradas pelos desequilíbrios regionais no processo de desenvolvimento.

Em 1961, tendo vencido o marechal Lott nas urnas, assumiu a presidência o candidato da UDN, Jânio Quadros. Sua plataforma foi a moralidade administrativa e, com isso, ganhou as simpatias da classe média urbana, e tornou-se uma espécie de líder carismático para elas.

Com a renúncia de Jânio Quadros, os militares conservadores e os políticos udenistas não quiseram aceitar o vice-presidente João Goulart, que era do PTB e herdeiro do populismo de Vargas. Mas, como o Rio Grande do Sul, através do governador Brizola e do III Exército, ficou com Goulart, a guerra civil foi evitada e a situação foi contornada através de uma medida que adotou o parlamentarismo.

O parlamentarismo de emergência durou de 1961 a 1963, quando foi abolido por um plebiscito, o qual estabeleceu a volta do presidencialismo. A supressão do parlamentarismo significou a volta dos

poderes habituais, e conseqüentemente Goulart assumiu a presidência com todos os poderes.

Os conservadores, financiados pelo capitalismo norte-americano, e contando com o respaldo do apoio do Alto Comando Militar, utilizavam-se de parte da imprensa e de outros organismos para desenvolver sua ação política. Como o autor destaca, entre esses conservadores, encontravam-se os partidos políticos PRP (Partido de Representação Popular) e UDN.

O estudo minucioso da participação dos representantes dos partidos políticos nas eleições federais e estaduais oferece elementos de grande importância para o conhecimento do jogo de interesse dos diversos partidos, e aponta com clareza a fragilidade do sistema político no Brasil.

O populismo e os grupos que exigiam reformas sociais e nacionalistas evoluíam de maneira rápida e desordenada e esse idealismo chegou até o campo, através das Ligas Camponesas de Francisco Julião. Tal como o lado direitista, também o setor da esquerda tinha apoio de partidos, como PTB e PCB (Partido Comunista Brasileiro).

A fissura institucional e a aparente adesão de Goulart à causa do reformismo nacionalista e social fizeram com que os setores conservadores civis e militares se unissem para conspirar.

A direita deu o golpe de força que ocasionou o exílio de João Goulart, em 31 de março de 1964, inaugurando no país uma fase repressiva.

Maria da Guia Santos-Gareis